



“El precio de la inocencia”

Francisco Ferrández Méndez

MIR IV Psiquiatría. Hospital Universitario “Pío del Río Horteiga”
Centro Asistencial Dr. Villacián. Valladolid

Resumen: El presente artículo pretende revisar tres textos clásicos de la psiquiatría a la luz de la teoría psicoanalítica, con especial atención al terreno intermedio entre la paranoia y la melancolía.

Palabras clave: Paranoia, melancolía, Superyo, Bleuler, Kretschmer, Conrad.

Summary: This article reviews three classical psychiatric texts from the point of view of psychoanalytic theories, with special emphasis in the middle course between paranoia and melancholia.

Key words: Paranoia, melancholia, Super-ego, Bleuler, Kretschmer, Conrad.

Introducción

Hay problemas psicopatológicos que pasan por irresolubles o que sólo ven algo de luz al precio de la adhesión ciega a una determinada teoría o corriente de pensamiento psiquiátrico. Lo cual, si se mira bien, deja al ojo en mala disposición de ver, y al juicio con pocas armas para discriminar. Y aunque la coyuntura no parezca, mal que pese a muchos, privativa del conflictivo campo de la ciencia de lo mental, hasta tal punto es crítica en éste que cabría decir que la magnitud de aquellos problemas podría medirse antes por las preguntas que continúan suscitando que por el volumen de las respuestas que se le dedican. En efecto, no siempre el estudioso es valiente. Y no es menos cierto que se puede argumentar y pensar mucho y bien, pero hacerlo sobre estupideces.

Trataremos aquí de una de esas espinosas cuestiones: la de las fronteras comunes de melancolía y paranoia, e intentaremos plantear, si no un conflicto común a ambas, si una de las líneas de fractura de la identidad que estas dos formas de padecer dejan al descubierto. Debemos a Freud una bellísima metáfora sobre el alcance de los conocimientos que puede aportar la ciencia psicopatológica: la salud, que es el silencio químérico del cuerpo y el alma, apenas desvela nada sobre nuestra esencia como seres humanos. Sin embargo, la enfermedad, como la guerra o la dialéctica, es capaz de revelarnos, de forma harto dramática a veces, las más profundas disensiones de nuestra intimidad. En sus palabras: «Allí donde se nos muestra una fractura o una grieta puede existir normalmente



una articulación. Cuando arrojamos al suelo un cristal, se rompe, mas no caprichosamente; se rompe, con arreglo a sus líneas de fractura, en pedazos cuya delimitación, aunque invisible, estaba predeterminada por la estructura del cristal»¹.

Hablaremos, entonces, del límite entre las psicosis afectivas y las que atañen al pensamiento, de los trastornos del humor y los trastornos del juicio. Se advierte pronto lo sospechosa que habría de resultar cualquier respuesta apresurada para la solución de un conflicto de tales dimensiones. Punto que se hace aún más patente en los problemas que evoca su sola mención: del distingo entre afecto y representación al dualismo cuerpo–mente. Incluso los partidarios de una psicosis unitaria, a los que nos adscribimos acaso porque pensamos que sería ingenuo no reconocer en la militancia ideológica una necesidad o un vicio antes que una elección libre y sopesada, tienen por reto consolidar el conjunto nosológico de la psicosis examinando con atención los límites que aquí se plantean. A nosotros nos bastará por ahora, para dibujar esa línea de fractura de la subjetividad, con rescatar de entre los textos freudianos aquellos que, culminando en “El Yo y el Ello”, ponen sobre la mesa el problema del Ideal, y confrontarlos con algunos de los textos clásicos sobre la psicosis que nos legó la clínica alemana del siglo pasado. Pretendemos así mostrar una de esas cicatrices que jalonan la aventura de ser hombre y que, bien maquillada por su carácter universal, sólo se reabre y hace aparente cuando el dolor la muestra en su singularidad.

La divergencia

La cuestión viene, pues, de antiguo. En lo que hace a la ciencia psiquiátrica, ya la lectura del Tratado de Pinel nos regala descripciones de melancólicos que muy a gusto consideraríamos hoy en día dentro del grupo de los paranoicos. Pero será su alumno Esquirol quien divida la polémica categoría de las monomanías

en intelectuales, afectivas e instintivas. Las descripciones de Baillarger y Falret de la locura de doble forma o circular, futura psicosis maniaco-depresiva, parecen afianzar ya una independencia de la psicosis afectiva frente a los trastornos del juicio que culminará en la separación radical que en la nosografía kraepeliniana se establece entre ésta, la demencia precoz y la paranoia, consideradas ya como “enfermedades mentales”².

Sin embargo, a esta corriente disgregadora de la alienación mental en enfermedades diversas y estancas se opuso siempre otra, más o menos marginal según el momento histórico, que proponía la unidad de todas las expresiones de locura como fases o momentos de una misma forma de enajenación³. Valgan de ejemplo la psicosis única (*einheitspsychose*) de Griesinger, puesta en marcha por mecanismos afectivos, o la frenalgia como dolor del alma y raíz de todos los trastornos mentales propuesta por Guislain.

Y es que la clínica se ha obstinado siempre en poner en entredicho la consistencia de cualquier sistema nosológico. Por muy insidiosa que se pretendiese la patogénesis de la paranoia y por muy larvado que fuera su inicio, pocos tratadistas excluyeron de sus descripciones un período prodrómico teñido de una tonalidad hipocondríaca o depresiva, o, menos veces, maniaca. Al esfuerzo discriminativo de unos clínicos enfrentados a los límites de la locura debemos hallazgos de capital importancia en psicopatología, y a su constancia en la observación, estudio y descripción de la casuística, la impresión de que paranoia y melancolía se encuentran, de alguna forma, hermanadas. Sirva de ejemplo el testimonio de Clemens Neisser: «No podría entenderse que durante tanto tiempo, y por parte de buenos observadores, se haya supuesto la aparición previa de una melancolía si no hubiesen estado presentes al inicio de la enfermedad, en no pocos casos de paranoia, fenómenos melancólicos reales»⁴. De ahí su empeño por encontrar el mecanismo



específico de la paranoia, y la solución aportada en su célebre conferencia de 1891: para que se pueda hablar de ésta, debe detectarse el fenómeno de la autorreferencia. En sus palabras, el sentimiento de *significación personal mórbida*.

La virtud de Neisser fue aislar para la paranoia este fenómeno clave, la significación personal, al igual que el genio de De Clérambault describió para el otro polo de las psicosis de la razón, el polo esquizofrénico, el síndrome de automatismo mental como base de las vivencias de influencia⁵. Ambos autores subrayan, sin embargo, la neutralidad afectiva de estos fenómenos iniciales, vengan o no precedidos de vivencias depresivas o de cualquier otra naturaleza emocional. En efecto, parece que nos separamos de nuestro propósito inicial para ahondar en la divergencia entre la lesión de los afectos y la enfermedad del pensamiento. Sin embargo, esperamos encontrar en la obra de una serie de autores que recogen en un punto determinado el testigo de Neisser la manera de volver a acercarse a esas dos formas de vida que la clínica nos presenta a veces de un modo bifronte, cuando no indistinguible. Lo que la experiencia nos revela emparentado pero el análisis semiológico separa, quizá sepa reunirlos la metapsicología freudiana.

La reunión

Se ha dicho que la corriente más fructífera en la investigación de la paranoia la constituyen los trabajos que se oponen al dogma kraepeliniano de su cronicidad⁶. Neisser estudió casos de paranoia "aguda", y toda una serie de autores harían lo propio en la Alemania de principios del siglo XX. Friedmann, por ejemplo, que habla de "formas benignas". También Bleuler, aunque no acierta a explicar el mecanismo por el que el delirio se disuelve en la tibia calma de la realidad compartida. Y la escuela de Tubinga, con las teorizaciones sobre la paranoia abortiva de Robert Gaupp y, sobre todo, la obra de su alumno Ernst Kretschmer sobre el "delirio

sensitivo de referencia". Nos inclinamos a pensar que el mismo objeto de estudio a que se dedicaron es una de las razones de la fertilidad de estos trabajos. El curso agudo, más o menos breve, de estas formas clínicas facilitaba la atención a sus aspectos más puramente biográficos. Durante un lapso de dos o tres años se podía asistir a la psicogénesis de cada caso, a cada detalle de su decurso si se trataba de pacientes ingresados en una clínica mental, y a la final disolución del delirio o, en su caso, al éxito de tal o cual técnica psicoterapéutica. La hipótesis de una génesis psicológica de la paranoia a partir de un conflicto vivencial es un punto en que incluso Kraepelin se mostró de acuerdo con los teóricos de las formas curables o benignas. Veremos hacia dónde apuntan las descripciones de este conflicto y si la obra de Freud, que es un tratado sobre las guerras intestinas del alma, nos ayuda a elucidarlo.

Tomemos como primer ejemplo la obra de Bleuler *Afectividad, sugestibilidad, paranoia*. El suizo señala al delirio como único síntoma de la paranoia, y explica que éste se produce por una deformidad del juicio causada de forma catátmica por los afectos. Insiste: por más que la práctica muestre indicios de distimias maníacas o depresivas al inicio o durante el cuadro, no se trata de un trastorno primario del ánimo. Es más, ni siquiera la desconfianza puede tenerse por un verdadero afecto, y tampoco se presenta en todos los casos⁷. Desde una perspectiva asociacionista, enjuicia que apenas hay vivencia que no enlace un afecto y una representación, y define la suspicacia no como un afecto sino como un "sentimiento intelectual", un modo especial de conocimiento. La génesis del delirio se debe a que un pequeño grupo de representaciones se han cargado de forma crónica de un afecto intenso, merced a determinada vivencia conflictual. La fuerza de esta carga deja desatendidas a otras representaciones o las sesga para que se enlacen al complejo patógeno. De ahí, según Bleuler, el sentimiento de autorreferencia: múltiples percepciones son relacionadas de forma errónea con el sujeto de



aquella vivencia. Pero, ¿cuál es este conflicto que tiene la virtud de despertar en él sentimientos tan acusados y estables que le lleven a deformar crónicamente su capacidad de juicio? Para el padre de la esquizofrenia, cuya lectura de la obra de Freud se nos antoja superficial y que no había asistido aún a los escritos freudianos sobre el narcisismo⁸, lo que se sitúa en la raíz del problema paranoico es el enfrentamiento entre una ambición desmedida por parte del sujeto y la impotencia para llevar a cabo sus deseos en una realidad algo más dura de lo que quisiera. Los casos que presenta se orientan en ese sentido: partiendo de un conflicto en que el sujeto vive su propia *insuficiencia*, la culpa es proyectada al exterior, apareciendo como delirio de persecución, y el yo se altera de manera reactiva, apareciendo los sentimientos megalomaniacos. La idea de la proyección se puede encontrar ya en los primeros escritos de Freud sobre la paranoia⁹, pero no agota el problema: proyectar la culpa al exterior no lleva necesariamente a la persecución. Aún más, la mayoría de los casos nos muestran que no se acusa al prójimo más que de la propia persecución, y no del entorpecimiento del camino que ha de llevar al paranoico a determinado éxito. Volveremos más adelante sobre la raíz metapsicológica que atribuye Freud a la fenomenología que rodea la autorreferencia. Por ahora baste con señalar el conflicto que Bleuler propone como origen de la paranoia: una vivencia de insuficiencia, de vergüenza, de culpa, de impotencia para alcanzar un Ideal que al sujeto parece venirle grande, sea porque el deseo aspira a más de lo que puede, sea porque el ambiente no le es favorable. Luego, la proyección de esa vivencia, su desaparición en el sujeto y su atribución al otro.

Debemos a Robert Gaupp la presentación de uno de los casos más clarificadores del acontecimiento vital que supone la paranoia, el del maestro Wagner, que pasa al acto homicida precisamente para limpiar de la faz de la tierra el ideal de una estirpe, la suya, que considera degenerada. Los paranoicos de Gaupp, de temple

depresivo y rasgos psicasténicos, sufren de un conflicto similar al presentado por Bleuler¹⁰. En el caso de Wagner, la culpa insoportable que comportaba una acusación de bestialismo. Pues bien, los *sensitivos* de Kretschmer son dignos hijos de estos pesarosos perseguidos. En su obra sobre *El delirio sensitivo de referencia*, el psiquiatra y neurólogo alemán traza tres ejes para la comprensión del desencadenamiento de este delirio de relación: vivencia, ambiente y carácter. El inicio de la clínica de estos delirios, mucho más nítido por abrupto que lo insidioso de los casos clásicos de paranoia, permitía analizar los factores implicados en el conflicto original. El carácter, por un lado: muy lejos de ser hostiles y suspicaces por naturaleza, como pretendían las doctrinas constitucionalistas sobre la paranoia, estas personalidades *sensitivas* presentan un carácter *asténico*. Son hombres o mujeres inteligentes y de fina sensibilidad, de marcada escrupulosidad ética, aunque no están exentos de una “espinas esténica” que se exterioriza en una tímida pero presente ambición y que marca la viveza de su reactividad a los acontecimientos exteriores. Es éste un punto muy importante del delirio descrito por Kretschmer: tales acontecimientos, considerados como parte del *ambiente* en que vive el delirante, tienen que ver con la cultura, las costumbres y la moral de la época. Los casos típicos que aporta muestran ora a masturbadores que, por culpables, se sienten observados, ora a solteronas de pequeños pueblos del ambiente rural que han visto puesta en entredicho su honradez. No nos parece nada superflua la atención que dedica a este punto. Puesto el sujeto en alerta, activada la sospecha, lo primero que se torna extraño es, precisamente, lo más familiar. Lo que otrora unía y aportaba una identidad, es vivido ahora como persecutorio. La familia, el barrio o el pueblo son ambientes hostiles y vigilantes. Un hermano o la propia madre hurgan en sus cajones. En la televisión, o en internet, nuevas formas de vínculo y familiaridad con lo social, se habla de él.

Volveremos más tarde sobre este extrañamiento de lo familiar y lo cotidiano, de tan



“siniestra” reminiscencia freudiana. Atendamos, antes de proseguir, a la *vivencia* típica que lleva al estallido del delirio y que viene determinada por el carácter y el ambiente descritos. Se trata, para Kretschmer, de una situación de orden ético en que el sujeto se siente preso de un sentimiento de “insuficiencia vergonzante”. Situaciones como el cumplimiento del deber en el trabajo o la observación de la moral sexual favorecen, pues, la aparición de estos cuadros en personas de carácter sensitivo. De nuevo encontramos sentimientos de la serie de la vergüenza y la culpa en el origen de delirios paranoicos y de nuevo podemos sentir la vecindad del espectro maníacodepresivo. Si los paranoicos benignos de Friedmann eran sujetos exaltados, la personalidad descrita por Kretschmer no deja de recordarnos a los rasgos obsesivos que Karl Abraham detectó entre fase y fase en pacientes melancólicos. Más alejado del psicoanálisis, Tellenbach traza en su monografía sobre la melancolía un perfil caracterial y unas vivencias desencadenantes muy similares. Y la tesis doctoral de Jacques Lacan, que se inicia precisamente con un recorrido por la historia conceptual de la paranoia, aborda este mismo tema y acaba por presentar, siguiendo los esquemas psicogenéticos de Abraham, el caso Aimée como el de una mujer que asesina su Ideal en busca del autocastigo. Pero señalemos ya que los masturbadores o las solteras de Kretschmer, aun viviéndose culpables, no dejan de considerar su persecución y asedio desmedidos, cuando no carentes de sentido. Se sienten, volveremos a ello más adelante, siempre inocentes.

Este último aserto, por sintético y reduccionista que pueda parecer, surge de la interpretación de hechos clínicos, y no carece de validez como hipótesis de trabajo. De hecho, recientes estudios de la psicología cognitiva y experimental dedican sus esfuerzos a contrastarlo. Fuentenebro y algunos colaboradores del Hospital San Carlos de Madrid llevan largo tiempo estudiando en virtud de qué “sesgos atribucionales” el sujeto paranoico evacua la culpa que el depresivo asume, subrayando de

nuevo la proximidad psicogenética de ambos fenómenos y abundando con nuevas armas en una polémica de dos siglos de antigüedad¹¹.

Nos acercamos ya al objetivo de nuestro trabajo: señalar una fractura en el Yo que consideramos, con Freud, universal, y que se hace especialmente patente en determinados cuadros patológicos. Pero, como no podía ser de otra forma, una pregunta sin respuesta no puede hacer sino convocar más y más cuestiones. La primera y más fundamental, la del límite entre la neurosis y la psicosis, si hemos de situar la culpa en un lugar tan central. De hecho, acabamos de hablar de un autor, Kretschmer, que admite la “neurosis de referencia” como entidad clínica. Aunque esperamos, más adelante, poder decir desde el psicoanálisis algo sobre esta cuestión, no podemos hacer otra cosa que detenernos y volver a centrar el problema. Fuera de toda intención de formular una hipótesis etiológica, y más aún de enfrentarnos a los límites entre estructuras, se trata aquí solamente de señalar una línea de división en el Yo y definir la postura que adoptan frente a ella el melancólico y el paranoico.

Sin embargo, y si nos hemos adscrito de salida a la tesis de una unidad estructural entre paranoia y esquizofrenia, no podemos continuar sin hacer siquiera un breve comentario sobre este segundo polo de las psicosis de la razón. Y precisamente porque apostamos por esa unidad, no habrá de extrañarnos encontrar una vivencia del tipo de las descritas más arriba, o al menos de los sentimientos que despierta, al principio del proceso esquizofrénico. Habíamos comenzado con un Bleuler asociacionista y concluimos el recorrido con un Conrad que enfoca el problema desde la psicología de la forma. Su obra *La esquizofrenia incipiente*, de 1958, supone una verdadera “tercera vía” para la psiquiatría alemana de la época. Negándose tanto a aceptar la incomprendibilidad del proceso, como quiere la psicopatología clásica, como a aportar una interpretación cuajada por la filosofía, que es la propuesta de antropología



fenomenológica, Conrad propone el análisis gestáltico del brote esquizofrénico como forma de *explicar* de un modo causal los fenómenos que en él se presentan. El resultado, obtenido en toda su riqueza por el estudio minucioso de más de cien casos sacados de las enfermerías de la segunda guerra mundial, es quizá uno de los frescos más logrados sobre los mecanismos y las vivencias puestas en marcha en la esquizofrenia. No renuncia, sin embargo, a la presentación del caso tipo. Un caso que, por ejemplar, pueda servir de molde a toda la elaboración posterior. Rainer es, para Conrad, lo que Schreber para Freud, Wagner para Gaupp o Aimée para Lacan.

Pues bien: Rainer se enfrenta, en efecto, a un callejón sin salida. Deseoso de seguir la carrera de oficial, aunque consciente de que ello es imposible porque no acabó el bachillerato, vive cierto tiempo sometido a una especie de *presión* que viene determinada por la sensación de que *se espera mucho de él*. Esta tensión vivida va en aumento y despliega todas las características de un período que Conrad llamó “trema”, y que va bastante más allá de la perplejidad, de la que muchos lo quieren casi sinónimo. Efectivamente, el trema¹² incluye esta perplejidad, pero es sobre todo una reacción *afectiva* a una vivencia de *aumento de tensión* ligada a un estrechamiento del campo vivencial. Es la sensación de la inminencia de un algo indeterminado que tiene que ver con una culpa vaga, de un acontecimiento en el que, de alguna forma, se va a ver concernido. Y ante ese acontecimiento “sólo cabe la victoria o la derrota”. Las más de las veces, la tonalidad afectiva de este período es la depresiva, la de la derrota, pero no faltan los casos en que el ánimo se presenta más bien eufórico sin una razón aparente. Volvemos, pues, a encontrarnos con el espectro maniaco-depresivo al inicio de la psicosis. Sólo un poco más tarde en su evolución, dentro ya de los fenómenos delirantes, del período que Conrad llama de “apofanía”, el paciente desarrollará de forma estable el sentimiento de autorreferencia, esto es, la ya citada *significación personal*

(Neisser) o *conciencia de significación anormal* (Jaspers). Y este período, como los siguientes, se coloreará a menudo de la tonalidad con que se inició el proceso: la exaltación o la depresión del ánimo. Leyendo a Conrad, se nos antoja que podrían rebajarse en mucho los diagnósticos de trastornos esquizoafectivos.

De “Introducción al Narcisismo” a “El Yo y el Ello”

La obra de Freud es, antes que muchas otras cosas, un ejercicio de desconfianza. Y la labor del psicoanalista, a veces, la de un paranoico amateur. Sospecha e interpretación se cuentan entre sus armas principales, la lectura de la transferencia en sentido autorreferencial es una caricatura del principal mecanismo paranoide, y a ratos parece que las sucesivas fracturas del sujeto en la teoría son la consecuencia de una persecución implacable del genio maligno cartesiano. Muy a gusto aplicarían sus detractores los rasgos principales de la constitución paranoica¹³ a determinadas figuras de la historia del psicoanálisis: sobreestimación de sí mismo, desconfianza, inadaptación social y falsedad de juicio. Y no tendríamos que negarles parte de razón si no fuese porque la tal falsedad de juicio puede imputarse al psicoanálisis sólo desde el paradigma de la ciencia positiva.

Uno de los resultados que el insistente recurso a la sospecha trajo consigo fue el nacimiento de la llamada primera tópica. Pero su ejercicio sistemático tiene algo de repetitivo y de insaciable, como la pulsión, y pronto la primera fractura del sujeto dio paso a varias otras. Se invirtió entonces el interés del problema y se convirtió en enigma justamente el juego de fuerzas que hace posible la precaria cohesión del sujeto, hasta entonces apenas puesta en duda más que en el período romántico. De una de esas fracturas vamos a hablar ahora.

Para que esa unidad, espejismo desde su inicio, pueda fraguarse, el niño debe alucinar su omnipotencia allí donde sólo hay sujeción al



cuidado materno. Desde que el hombre dejó de andarse por las ramas y levantó la cabeza en suelo firme, el tiempo de gestación se redujo y el infante nació prematuro, desasistido, necesitado. Narcisismo primario no es ni mucho menos autismo ni autosuficiencia. La identidad ha de vérselas desde un principio con esa dependencia, y se fragua precisamente en ese difícil compromiso: el del sometimiento a la razón que le precede y que explica el comportamiento del otro nutricio y amoroso. Por eso hay superyó y culpas tempranas en la teoría de Klein y un sometimiento precoz a la ley en Lacan: no porque tales acontecimientos se puedan explorar, sino porque el rigor especulativo así lo exige y determinada mirada clínica contribuye a sustentarlo en los fenómenos surgidos a posteriori en forma de síntoma.

Y por eso el Freud de *Introducción al Narcisismo* se acerca al problema de la identidad y el Ideal desde cuestiones más o menos íntimas y desasidas del vínculo social como son la psicosis, la enfermedad orgánica y la hipocondría, pero acaba hablando del amor. En efecto, la nostalgia del narcisismo primario, que fue la perfecta comunión con otro que colmaba nuestros deseos, tiene como única forma de recuperar lo perdido la identificación o el espejismo de la relación amorosa: tareas condenadas al fracaso puesto que lo perdido es, por definición, irrecuperable. Y que, además, siembran en el núcleo mismo del yo la posibilidad de enloquecer viviendo ese Ideal como intruso, como sedimento de identificaciones que pueden ser sentidas como extrañas. Así lo afirma Freud, que va dando pequeños pasos para la constitución del Superyó. Por ahora, supone, aunque no nombra, una instancia psíquica encargada de la vigilancia del sujeto y de medir su altura frente al Ideal, y que se identifica en las funciones de la censura y de la conciencia moral. Se hace así más comprensible, dice, el "delirio de observación" de los paranoicos, las quejas de que alguien conoce los propios pensamientos, la enunciación de actos... "Estas quejas son justas", señala Freud, que concluye

su artículo así: «La frecuente causación de la paranoia por una mortificación del yo; esto es, por la frustración de satisfacción en el campo del ideal de yo, se nos hace así comprensible»¹⁴.

Un año más tarde este Ideal, que había servido para explicar algunos fenómenos paranoicos, forma parte de la patogénesis propuesta para la melancolía: la pérdida de un objeto profundamente amado, esto es, al que el yo se ha identificado en cierta medida, desata amargos reproches por parte del Ideal, que lo culpa de la desaparición de aquél. Es la tesis de *Duelo y melancolía*, y Freud procede igual que con la queja del paranoico a la hora de dar una entidad verdaderamente positiva a los dichos del paciente: en el autorreproche, el melancólico debe tener razón, sólo que no se entiende por qué ha de enfermar para darse cuenta. En *Psicología de las masas...*, Freud acaba de asentar la importancia del Ideal en el origen de los estados maniaco-depresivos: la manía es la negación de la pérdida y el falso triunfo de la identificación con el ideal, mientras que la melancolía es el ahondamiento de la herida que lo separa del Yo.

Resulta llamativo que, a medida que el Superyó va cobrando forma y, casi se diría, vida propia, pierde peso en la concepción freudiana de la paranoia. El Superyó censura, culpa y reprocha, casi de forma autónoma, y queda dentro de las "psiconeurosis narcisistas" en la nosografía freudiana posterior a *El yo y el Ello*¹⁵. Las otras dos entidades, neurosis de transferencia y psicosis (parafrenia y paranoia) son fruto, respectivamente del conflicto entre el yo y el ello, y entre el yo y la realidad.

La paranoia, decimos, queda del lado de un conflicto con la realidad que a la sazón poco tiene que ver con ella¹⁶ y mucho con la vivencia de lo ajeno y lo propio. Así es para el propio Freud, cuando postula la proyección como su mecanismo principal y la describe así: "lo cancelado adentro, retorna desde fuera"¹⁷. Y también para las escuelas que le sucedieron: lo mismo el juego de proyecciones e introyeccio-



nes kleinianas que la propuesta de Lacan de la forclusión y el retorno en lo real como mecanismo principal de la psicosis.

Nos acercamos al objetivo de nuestro artículo. Como advertimos, no se trata de hacer del problema de la culpa (en cuanto transgresión de la ley que detenta el Ideal) o de la ver-güenza (como distancia que lo separa de él) el origen de estas dos psicosis que hemos propuesto vecinas. Pretendemos tan sólo señalar que, roto el cristal en el momento del desencadenamiento, las líneas de fractura muestran a un melancólico que no renuncia a esa entelequia, a esa voluntad de perfección, y que sufre el ahondamiento de esa herida en forma de culpa monstruosa. Y que el paranoico, por el contrario, verdadero alienado en el sentido literal de la palabra, paga su incontrovertible inocencia sufriendo no tanto de lo ajeno, lo intruso, en el sentido de la psicopatología clásica, como de lo propio enajenado y no reconocido.

Los mecanismos que se han propuesto para los dos polos de la psicosis de la razón, *xenopatía* y *significación personal*¹⁸, representan el mismo fenómeno de alienación de lo propio. Ségla lo intuyó en sus célebres “alucinaciones psicomotrices verbales”¹⁹: Los enfermos musitaban aquello que decían oír. Y Lacan²⁰ niega en rotundo que las voces sean “percepciones sin objeto”, como pretende la definición más clásica²¹. Se trata, pues, en la xenopatía, de la invasión del cuerpo por fenómenos de influencia que pueden leerse como el retorno del Yo Ideal, imaginario; y en la *significación personal*, de la alienación de un Ideal del Yo²² que se muestra en principio tan sólo como vigilante, para adoptar con el curso del delirio la forma del amado o del perseguidor.

Esta forma de ver el problema quizá tan sólo sirva para hacer patentes las virtudes que aún conserva la segunda tópica freudiana a la hora de exponer los fenómenos de la clínica diaria, que no es poco. Tomando en cuenta al Ideal como protagonista del drama paranoico

no sólo explicamos su vecindad con la melancolía, sino que muchas de las descripciones clásicas sobre el contenido o el mecanismo de los delirios cobran para nosotros un nuevo relieve.

Las tres funciones que según Freud detenta el Superyó²³ (observación, censura y sostén del Ideal) recuerdan vagamente a algunos aspectos de la fenomenología delirante, sólo que tales cometidos se atribuyen ahora a algo exterior. La *observación* se da en el sentirse concernido, en la orientación autorreferencial de la realidad. O en la enunciación de actos y la difusión del pensamiento esquizofrénicos. La *censura*, toda vez que el sujeto ha ganado su inocencia merced a esa expulsión, en lo persecutorio, en el castigo, más o menos asintótico y relegado al futuro, que temen se abata sobre ellos y que dicen no merecer. O, en su versión exaltada, en la afrenta ya sufrida que el reivindicador trata de enmendar querellándose. Las alucinaciones, cabe siempre recordarlo, deben parte de su poder perturbador a que insultan o menoscaban moralmente al sujeto. “Maricón” o “no vales nada” se cuentan entre las más frecuentes. Finalmente el *sostén del Ideal* hace del amante o el perseguidor del enfermo paranoico un ser encumbrado, monstruosamente omnipresente e infinitamente poderoso. Por esa cualidad idealizada, sólo en los momentos de mayor angustia se teme su aparición y, en el caso de los delirios pasionales, apenas sí se le espera, conformándose muchas veces con el platonismo de un amor que no pasa de mensajes cifrados. De ahí que, por ejemplo, Aimée se contentase con la protección calurosa del Príncipe de Gales y en ningún momento soñase con ninguna prosaica realización carnal.

En cuanto a la megalomanía, nos sumamos a la crítica de Freud: el silogismo de Foville no puede representar una realidad psíquica, sino una lógica que impone el observador de acuerdo con su forma de comprender las relaciones causales de este lado de la frontera de la psicosis. La persecución no lleva al orgullo, sino a la angustia, y no es menos cierto que no es nece-



saría para la elación. A nosotros nos parece que el paranoico, al alienar su Ideal, se fuerza a construirse uno propio y carente de toda referencia. El delirio megalómano no es sino la consecuencia lógica de su soledad: él es la única medida de sí mismo y, como tal, siempre cumple con la más alta expectativa de esa identidad autista²⁴.

El precio de la inocencia

La postura del melancólico y el paranoico frente a la culpa ha sido llamada, con mayor o menor razón, psicótica, porque se aparta de la realidad. Aunque tal criterio carezca de todo valor desde una perspectiva psicoanalítica, contribuye a comprender por qué la psicopatología clásica arroja de buena gana ambas actitudes al terreno de lo psicótico. A la melancolía, porque hipertrofiando de forma monstruosa el autorreproche, llega al punto de negarse el derecho a la vida, la posibilidad de redención o los mismos intestinos. A la paranoia, por el sesgo irrefutable que da a la realidad para defender su inocencia. Incluso la esquizofrenia, se podría decir, solventa el problema de forma aún más radical: desapareciendo como sujeto (atomizándose, disgregándose) y llevándose la realidad a la tumba con él (así se pueden leer las vivencias del fin del mundo o el autismo).

Se me reprochará que ni culpa ni vergüenza son sentimientos privativos de la psicosis. Aún más, se me dirá que, de quererlos típicos, habría que asignarlos al campo de lo neurótico. Y así es, en efecto. Siguiendo a Lévi-Strauss, la sociedad se funda en una prohibición, la del incesto, y siguiendo al Freud de *Totem y Tabú*, ese veto sólo tiene sentido si le precede un crimen: la muerte del padre como pecado original. La postura frente a éste, inocencia o culpabilidad, será entonces toda una forma de vivir. La novela neurótica facilita un lugar en el mundo y frente al prójimo al precio de entrar en todo un juego de identificaciones que consiga salvar el escollo de la culpa. En palabras de George Simmel: «La mentira no pertenece a los hombres más que para forjar el límite entre ellos mismos

y el mundo exterior»²⁵. Efectivamente, la psicosis es el drama del que elige la inocencia al precio de la alienación y de la soledad. Sólo idéntico a sí mismo, medida de todas las cosas, debe despojarse de todo lo que huele a otro y se condena irremediamente a no vivir jamás entre iguales. Si el melancólico se duele a la sombra del objeto, el paranoico hace el duelo de sus propias identificaciones, de lo que de ajeno pueda haber en él. Es el mundo entero el que se llena de sombras, de intrigas, de intenciones. Apasionado de la verdad, no acepta el teatro de la neurosis, y se condena a construir el interminable dique que lo separe de lo que alienó. Observador y observado, hasta su propia imagen en el espejo le resulta inquietante.

Ya Freud había señalado la utilidad de investigar el terreno del narcisismo: acercarse a la psicosis y al fenómeno de las masas. Pues bien, es precisamente en *psicología de las masas* donde bosqueja, casi de forma involuntaria, los campos en que el paranoico muestra su fracaso y el alto precio que paga por su inocencia. Concebido en principio como una elucidación de la relación entre pares, del vínculo que une a los hombres, el texto acaba siendo un estudio sobre los ideales que lo sustentan. Donde pretendía hallar la lógica de las identificaciones del grupo, Freud se encuentra con la identificación vertical del líder en la masa, del terapeuta en la hipnosis y del otro en la relación amorosa. El paranoico, rechazando el Ideal, es tan incapaz de amistad como de fe y de amor, y se convierte así en un ser solitario, incrédulo y frío²⁶. Rechazando lo único que pudiera humanizarle, despreciando una fraternidad que se funda en un crimen del cual se sabe inocente, se condena al autismo, al delirio y al desamparo.

Noviembre de 2008

Contacto:

Francisco Ferrández Méndez
Centro Asistencial Dr. Villacián
C/ Orión, 2. 47014 Valladolid.

Tlf.: 665 103 331

fferrandez@hotmail.com





BIBLIOGRAFÍA

- 1 FREUD, S., *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XXXI: Disección de la personalidad psíquica*, en *Obras Completas*, 3ª Ed, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p.3133.
- 2 Sobre el cambio de paradigma psiquiátrico de una psicosis única a diversas "enfermedades mentales", véase LANTÉRI-LAURA, G., *Ensayos sobre los paradigmas de la psiquiatría moderna*, Madrid, Triacastela, 2000. Sobre la importancia de la figura de J.P. Falret en este cambio de paradigma, consúltese, antes que cualquier otro, ÁLVAREZ, JM., *La invención de las enfermedades mentales*, 2ª Ed., Madrid, Gredos, 2008. Un resumido pero muy completo recorrido por la historia de la paranoia se puede encontrar en ÁLVAREZ, JM., *De nuevo la paranoia*, prólogo de libro ÁLVAREZ, JM. y COLINA, F. (Comps.), *Clásicos de la paranoia*, Madrid, DOR, 1997.
- 3 HUERTAS, R., Nosografía y antinosografía en la Psiquiatría del siglo XIX: en torno a la psicosis única, en *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq.*, 1999, vol. XIX, n.º 69, pp. 63–76.
- 4 NEISSER, C., *Disertación sobre la paranoia desde el punto de vista clínico*, en ÁLVAREZ, JM. y COLINA, F. (Comps.), *Clásicos de la paranoia*, Madrid, DOR, 1997, p.98.
- 5 ÁLVAREZ, JM., *Los fenómenos elementales de la psicosis*, en "Estudios sobre la psicosis", Vigo, AGSM, 2006, pp. 110–118.
- 6 ÁLVAREZ, JM., *De nuevo la paranoia*, Op. Cit., p.56.
- 7 BLEULER, E., *Afectividad, sugestibilidad, paranoia*, Madrid, Morata, 1969, p.204.
- 8 La primera edición del texto de Bleuler es de 1906.
- 9 En concreto en los llamados "Manuscrito H" y "Manuscrito K", pertenecientes a su correspondencia con Wilhelm Fliess (FREUD, S., *Obras Completas*, Vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 246–253 y 260–269), y también en los textos *Las neuropsicosis de defensa* y *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (FREUD, S., *Obras Completas*, Vol. III, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 41–62 y 157–185), todos ellos anteriores a 1896.
- 10 Un breve recorrido por los teóricos de la llamada "Escuela de Tubinga", y en especial por las aportaciones de Robert Gaupp y su alumno Ernst Kretschmer, se puede encontrar en LACAN, J., *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*, Barcelona, RBA, 2006.
- 11 VÁZQUEZ, C., DíEZ-ALeGRÍA, C., NIETO-MORENO, M., VALIENTE, C., FUENTENEbro, F. (2006): Atribuciones causales explícitas e implícitas en el delirio: estudio de su especificidad en delirios paranoides y no paranoides. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*. 11 (1), 21–36.
- 12 "Trema" es un término que Conrad toma del teatro y que hace referencia a la angustia vivida por el actor frente a las luces de candilejas. Comporta, así, tanto la perplejidad ante el enigma del resultado como una idea anticipada de él: un éxito (aplauso) o un fracaso (abuqueo).
- 13 Tomamos aquí los rasgos del carácter paranoico descritos por la psiquiatría francesa. Véase GENIL-PERRIN, G., *Los paranoicos*, en ÁLVAREZ, JM. y COLINA, F. (Comps.), *Clásicos de la paranoia*, Madrid, DOR, 1997.
- 14 FREUD, S., *Introducción al narcisismo*, en *Obras Completas*, 3ª Ed, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p.2033.
- 15 FREUD, S., *Neurosis y psicosis*, en *Obras Completas*, 3ª Ed, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p.2744.
- 16 La referencia a una realidad objetiva es rechazada por Freud como criterio diagnóstico diferencial entre neurosis y psicosis en *La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis*, en *Obras Completas*, 3ª Ed, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p.2745–2747.
- 17 FREUD, S., *Manuscrito K*, en *Obras Completas Vol I*, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 260–269.
- 18 ÁLVAREZ, JM., *La certeza como experiencia y como axioma*, en "Estudios sobre la psicosis", Vigo, AGSM, 2006, pp. 171–174.
- 19 Su descripción de las alucinaciones verbales se puede encontrar en la primera de sus lecciones clínicas en SÉGLAS, J., *Leçons cliniques sur les maladies mentales et nerveuses (Salpêtrière 1887–1894)*, Paris, Asselin et Houzeau, 1895.
- 20 LACAN, J., *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, en *Obras Escogidas*, Barcelona, RBA, 2006, pp.513–564.
- 21 Esquirol...Ball. Ver artículo JMª&F. Estévez
- 22 La distinción de Lacan entre "Ideal del Yo" en el plano simbólico y "Yo ideal" en el imaginario nos parece aquí útil.
- 23 FREUD, S., *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. Lección XXXI: Disección de la personalidad psíquica*, en *Obras Completas*, 3ª Ed, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973, p.3138
- 24 En palabras de Fernando Colina, "el paranoico se identifica con la ley". Véase "Paranoia y amistad", prólogo al citado libro ÁLVAREZ, JM. y COLINA, F. (Comps.), *Clásicos de la paranoia*, Madrid, DOR, 1997.
- 25 Simmel, G., "El fabricante de mentiras", en *Imágenes momentáneas*, Barcelona, Gedisa, 2007, p.44.
- 26 Una de las primeras hipótesis de Freud sobre la paranoia se basa en la incapacidad de éste para asumir el reproche, para creer en su veracidad: el paranoico "deniega" esa "creencia". FREUD, S., *Manuscrito K*, en *Obras Completas*, Vol. I, Buenos Aires, Amorrortu, 1976, pp. 266–268.